SANTA BERNARDITA

SANTA BERNARDITA

A. Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

El jueves, 11 de febrero de 1858, en apariencia fue un día como cualquier otro del invierno. Juana Baloum –de doce años–, con Bernardita y su hermana Teneta, marchan a recoger leña para atajar el frío, que está apretando en aquellos días. Son días en que los ricos se los pasan junto al fuego, pero los pobres tienen que salir al campo para recoger leña para calentarse y poder vender algún haz para sacar algún dinero.

La familia Soubirous, padres de Bernardita, es tan pobre que no puede permitirse el lujo de quedarse sin trabajar junto al fuego, ni aún en los días más fríos del invierno. Bernardita lo sabe, y aunque está delicada de salud, se cubre la cabeza y va contenta a buscar leña.

Después de algunas vacilaciones, optan por el monte que estaba en un recodo del río Gave. Allí hay un promontorio rocoso que en su idioma llaman Massabielle, sólo que para ir a aquel lugar hay que cruzar un riachuelo y mojarse hasta la rodilla. Juana y Toneta pasan; Bernardita recuerda que su madre no la dejaba salir por su delicada salud, y no se atreve a cruzar el río por miedo a que el frío del agua le pueda hacer mal.

Pero al rato, viendo que las otras niñas tardaban, comienza a descalzarse para seguirlas, cuando, apenas había empezado a quitarse una media, oyó el rumor del viento como cuando se acerca una tempestad. Se volvió mirando a todas partes y observó que las ramas de los árboles casi no se movían...

Bernardita sintió algo de miedo y se puso a rezar. De repente vuelve a sentir el mismo ruido del viento y observa que viene de la parte de la gruta, donde ve cómo se mueven las ramas de la entrada. Siguió descalzándose y, cuando se disponía a meter un pie en el agua, oyó el mismo ruido delante de ella. Levantando los ojos miró a la gruta donde se movían las ramas, y vio a una joven hermosísima, como de su misma edad, que la saludó con una ligera inclinación de cabeza, al tiempo que extendía los brazos y abría las manos. De su brazo derecho colgaba un rosario. Se frotó los ojos pensando que no era verdad lo que veía, cuando la Virgen, con una sonrisa muy graciosa la invitó a acercarse.

Cuando las otras regresaron, Bernardita aún estaba extasiada; ellas al verla la creyeron muerta. Enseguida, volviendo en sí, les dijo: ¿Habéis visto algo? Le contestaron: No, y ¿tú has visto algo? De pronto Bernardita no quiso decirles lo que había visto, pero, en el camino, mientras regresaban a casa, desahogándose, les contó: «He visto una señora hermosísima y resplandeciente, vestida de blanco, con una faja azul y una rosa amarilla en cada pie... ¡Qué hermosa era! ¡Qué sonrisa más amable cuando rezaba conmigo el rosario! ¡Oh cómo me gustaría volverla a ver! ¡Por favor, no se lo digáis a nadie!

Las amigas le prometieron no decirlo, pero, apenas llegaron a casa, no pudieron ocultarlo.

Cuando llegan a casa, a Toneta le faltó tiempo para contarlo a su mamá. La madre que no las cree, les riñe e, incluso llegó a castigarlas y les prohibió volver allá.

El domingo siguiente, Bernardita consigue el permiso para volver a la gruta a rezar con las compañeras. Al ver de nuevo a la Señora, obedeciendo a la gente le arroja agua bendita. La Virgen le sonríe y Bernardita cae de nuevo en éxtasis, experimentando tanta dulzura y felicidad espiritual, que pierde el conocimiento y no se da cuenta de nada de cuanto ocurre a su alrededor, clavados los ojos en la Señora que solamente ella podía ver.

La gente asombrada no deja de mirar a Bernardita, cuya expresión es de inconcebible felicidad.

La noticia de lo sucedido en Lourdes corre por todo el pueblo y sus alrededores. Los más humildes la creen y la envidian, mientras algunos escépticos, se burlan y la tachan de visionaria.

La tercera aparición fue el 18 de febrero, y, por encargo de algunas personas ofreció papel y pluma a la Virgen para que pusiera su nombre y lo que deseaba. Pero Ella se limitó a sonreírle mientras le decía: «Lo que tengo que decir no es necesario que se escriba. Quiero que vuelvas aquí durante quince días».

Bernardita asintió muy contenta, y la Virgen añadió: «Te prometo que te haré feliz, pero no lo serás en este mundo sino en el otro».

Bernardita siguió acudiendo a sus citas con la Virgen, y cada vez la acompañaban más curiosos hasta que las autoridades empezaron a preocuparse y quisieron hacer que Bernardita confesara que todo había sido una broma y un engaño inventado por ella y sus amigas. Un día la llamaron y habiendo acudido acompañada de su padre, el comisario la interrogó largamente sin conseguir que la niña se retractara de lo que venía diciendo. Le dice que si no confiesa la verdad será encarcelada con toda su familia. Bernardita contesta llorando: sólo digo la verdad y no puedo decir otra cosa.

Por fin, termina el comisario: «Vete a casa, pero no aparezcas más por Massabielle, o acabaréis en la cárcel tú y todos los de tu casa».

Después de los interrogatorios y de las amenazas del comisario, Bernardita nerviosa no puede dormir. Llora pensando que ya no podrá volver a ver a la Señora, porque no quiere que por su culpa lleven a sus padres a la cárcel. Su padre la abraza, mientras ella le dice: «Papá, si no puedo volverla a ver me moriré de dolor».

Entonces el padre, lleno de amor filial, estrechándola fuertemente, la dice con valentía: «No tengas miedo, la verás y yo mismo te acompañaré».

Volvió, pues, tres días seguidos: El sábado la Virgen le enseñó una oración que no reveló jamás. El domingo, primero sonrió, pero unos minutos después lloró porque la Señora con rostro muy triste le dijo: «Ruega a Dios por los pecadores».

La séptima aparición fue el martes día 23 en el que tuvo un éxtasis que le duró una hora. La gente que la acompaña ven cómo Bernardita habla y escucha, pero no entienden lo que le da a conocer la Señora.

La octava, miércoles 24, después de una primera sonrisa, vieron cómo se entristeció y lloró.

La novena fue el jueves 25, mientras estaba extasiada, la gente ve cómo se levanta y va un poco más allá donde escarba un poco y empieza a manar agua sucia con la que Bernardita primero se lava y después bebe. Al momento empezó a manar un chorro de agua milagrosa, que aun hoy día sigue manando y dando la salud a cuantos la toman con fe.

Ese mismo día recibe de la Virgen el encargo de que se construya una capilla en aquel lugar.

Bernardita fue a hablar con el Señor Cura y le dijo: «La Señora que he visto en la gruta me ha dicho que le diga que quiere que le construyan allí una capilla».

El cura le preguntó: «Y ¿quién es esa señora? ¿Te ha dicho su nombre? ¿Es acaso la Santísima Virgen? Pregúntale quien es y cómo se llama. Y si quiere que yo crea dile que haga florecer el espino de la cueva como hizo la Virgen de Guadalupe».

Bernardita se va triste porque el cura no la cree; y si el cura ni las autoridades la creen, ¿cómo le va a hacer la capilla?

Le ha preguntado quién es la Señora y cómo se llama, tiene que conseguir que se lo diga.

El 25 de marzo, Bernardita armada de valor, por tres veces la preguntó:

«Señora, ¿quiere hacer el favor de decirme quién es usted?

La Virgen, juntando las manos y mirándola con indecible ternura, le contestó: «YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION».

Ya había dicho quien era, le sonrió y desapareció.

Bernardita volvió de la gruta corriendo a casa del cura para decirle: «Ya sé quién es la Señora».

¿Quién? ¿La Virgen María?

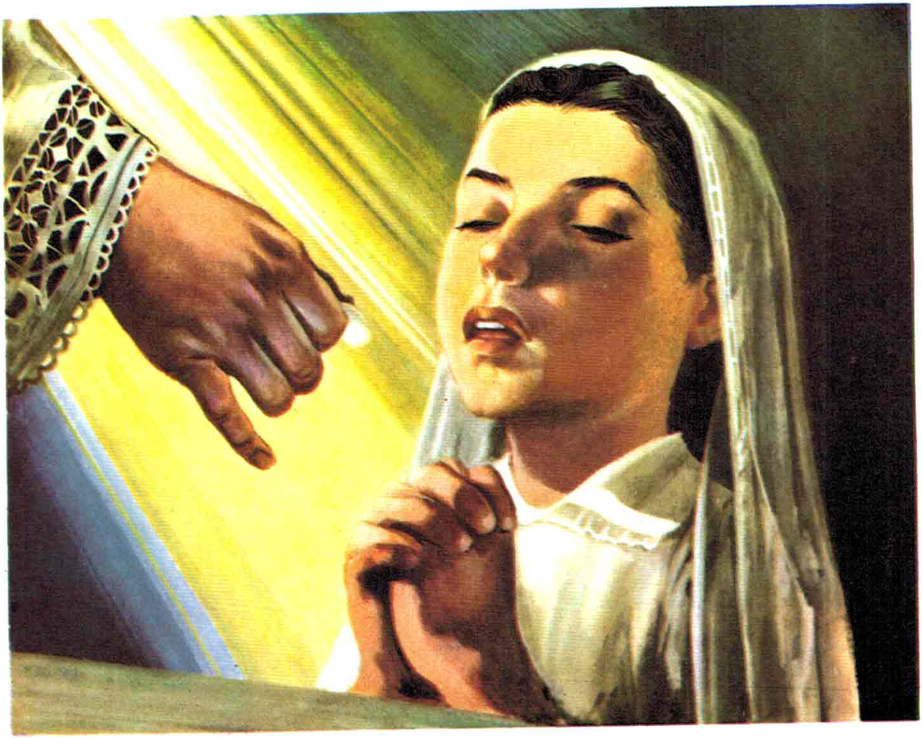
No señor cura: ¡Me ha dicho que es la Inmaculada Concepción!

Hacía cuatro años que el Papa Pío IX había definido el dogma de la Inmaculada Concepción, pero Bernardita no lo sabía ni comprendía el significado.

Quienes contemplan a Bernardita extasiada, intuyen que está contemplando algo muy bello y maravilloso, cuya misteriosa presencia se refleja en sus pupilas.

Un día le acercan una vela para ver si puede sentir algo y con sorpresa ven que ni se quema ni siente calor mientras le dura el éxtasis; pero una vez terminado, le acercan de nuevo la vela y rápidamente exclamó: «¡Señor, que me quema!»

Muchos de los que la acompañaban han ido por curiosidad, tal vez pensando descubrir el embuste; pero al ver el rostro de Bernardita en éxtasis, se han conmovido en el alma y se han convertido sus más fieles seguidores.



El día tres de junio de 1858 Bernardita hace su primera comunión. ¡Quién podrá figurarse el amor y la devoción con qué recibió a Jesús en su pecho por primera vez! No sabemos si lo vio corporalmente como veía a su Madre la Virgen; pero sí podemos suponer que espiritualmente lo sintió en su corazón abrasándola de amor.

¿Cuál sería aquel día su oración? ¿Qué le pediría y con qué amor se lo diría?

Aprendamos nosotros a recibirlo así; pues aunque no podamos verlo ni sentirlo, sabemos a ciencia cierta que está allí y nos dice con amor: «Pedid y recibiréis, porque os digo en verdad que todo el que pide recibe».

Las autoridades enemigas de Dios y de la Virgen, viendo como acudían las gentes a millares a rezar en aquel lugar, clausuran la gruta cerrándola con una valla.

No obstante la Virgen se le apareció por decimoctava y última vez más hermosa que nunca. La aparición duró un cuarto de hora con el rosario en la mano como todas las veces, invitándola a que nunca dejara de rezarlo...

El rosario es la devoción predilecta de la Virgen como lo demostró en Lourdes, en Fátima y en todos los lugares donde se ha aparecido en estos últimos tiempos: siempre con el rosario en la mano y siempre invitándonos a rezarlo. ¡Demos ese gusto a la Virgen y no dejemos pasar ningún día sin rezarlo!

Después de las 18 apariciones de la Virgen, los devotos seguían acudiendo a rezar en aquel lugar, esperando impacientes que la autoridad eclesiástica las aprobase. Tras un atento examen, el obispo declara que la Santísima Virgen se ha aparecido en aquel lugar.

En 1869 Pío IX publica un breve proclamando «la luminosa evidencia de Lourdes». A este documento pontificio le seguirían muchos de los Sumos Pontífices hasta nuestros días.

Cuando se coloca allí la primera escultura de la Virgen, tal como la describiera Bernardita, mientras la gente aplaudía entusiasmado, ella tuvo que exclamar: ¡Oh, la Señora es mil veces más bella! ¡Nadie jamás podrá describir su sonrisa!

Monseñor Teodoro, obispo de Tarves, preocupado por el porvenir de Bernardita, le pregunta: ¿Has pensado alguna vez ingresar en un convento?

–Es imposible, Monseñor: no tengo preparación ni tengo dote.

—La pobreza y la falta de instrucción no son obstáculos insuperables, siempre que se tenga verdadera vocación.

–Pero Monseñor, las señoritas que ustedes admiten sin dote son todas hábiles e inteligentes, pero yo no sirvo para nada.

–¿Qué no sirves para nada? Hace poco te he visto en la cocina y creo que sí sirves para algo.

El obispo intercede por ella y poco después las puertas del convento de Nevers se abren para Bernardita.

El día 7 de julio de 1866, a sus veintitrés años, ingresa en el noviciado de Nevers. La cruz de Cristo la esperaba. La Madre maestra, temerosa de que apareciera en ella algún vestigio de orgullo por los favores que le había hecho la Virgen, la humillaba y trataba con rigor.

Pronto llamó la atención por su ejemplarísimo comportamiento.

Decía Sor Emiliana: «Solo ver a Bernarda en oración me causa una indefinible impresión que invita a devoción».

«Hacía lo mismo que todas, pero mucho mejor que todas».

Con frecuencia besaba las paredes diciendo: «¡Casa de Dios! ¡Piadoso y santo asilo...!»

Su mayor consuelo era la oración y en ella se gastaba todo el tiempo disponible.

Hizo la profesión religiosa el 30 de octubre de 1867 en compañía de 44 compañeras, y a ella llevó los siguientes propósitos:

1º. Vivir sólo por Dios y para Dios.

2º. No abandonar nunca el recogimiento, la oración y la mortificación.

3º. Buscar en todas las cosas agradar a Dios y sólo a Dios.

Ya profesa desempeñó los cargos de enfermera y sacristana con gran maestría y admiración de todas.

Aunque no era muy hábil para los trabajos y aunque su complexión enfermiza, como lo hacía por Dios y para Dios, naturalmente las cosas le salían bien.

Poco a poco, su salud fue empeorando. Tenía que hacer penitencia por la conversión de los pecadores como le había pedido la Virgen, y todos los trabajos le parecían pocos. «La Virgen me dijo que no puedo ser feliz en este mundo». «Sufriré con gusto todo lo que ella quiera, por la conversión de los pecadores». «¿Qué importan los padecimientos de esta vida, donde solamente se viven cuatro días, si luego tenemos para ser felices toda la eternidad?»

La superiora la invita volver a Lourdes donde el agua milagrosa cura a tantos enfermos, pero ella le responde: «No Madre, el agua milagrosa no puede nada conmigo. Yo debo continuar ofreciendo a Dios mis sufrimientos por la conversión de los pecadores».

Su enfermedad se agrava. A veces los ataques de asma son tan intensos que la tienen que poner junto a la ventana para que pueda respirar. Sufre mucho, pero todo lo sobrelleva con alegría porque así podrá salvar mayor número de pecadores,

Las hermanas la acompañan en la última agonía. De momento se vuelve hacia ellas para decirles: «Rueguen por esta pecadora». Fueron sus últimas palabras. Era el 16 de abril de 1879 cuando exhaló el último suspiro.

De pronto sus ojos se iluminaron, reflejando en el rostro transfigurado una intensa felicidad. Había llegado la Virgen a buscarla. Había llegado la hora de que empezara su felicidad.

En Lourdes el manantial de la gruta sigue brotando y obrando grandes prodigios, siendo los más grandes los que no se ven. No todos los enfermos que llegan a Lourdes vuelven curados, pero si vuelven con más resignación y algo mejores en sus almas. De vez en cuando alguno es milagrosamente curado; pero por cada uno que consigue la curación del cuerpo, son cientos los que curan en el alma.

También Jesús en el Evangelio, cuando curaba a los enfermos, incluso, cuando resucitaba a los muertos lo hacía más bien para fortalecer la fe de las almas que por compasión de los que curaba o resucitaba, como dijo en la resurrección de Lázaro: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que ahora viendo (la resurrección) creáis.

Santa Bernardita subió al cielo para estar eternamente cerca de la Virgen disfrutando aquella indescriptible felicidad que comenzó a gozar en Lourdes. Allí la Señora le había prometido que la haría muy feliz, pero no en este mundo, sino en el cielo.

¿Qué importa que en este mundo tengamos que sufrir algunos trabajos, pues aunque sean grandes, acaban con la muerte? ¡Lo que nos importa es conseguir la felicidad del cielo, que dura para siempre y nunca tiene fin!

Muchos van hoy a Lourdes a pedir la salud del cuerpo, y algunos la consiguen; pero son muchos más los que vuelven curados en el alma, consiguiendo una salud que no acaba con la muerte.

ISBN: 84.7770-288-8 - D.L.: Gr. 191-2003
Impreso en España - Printed in Spain
Con Licencia Eclesiástica

ISBN 84-7770-288-8